

LA VERDAD SOÑADA

Nunca supe por dónde había llegado a aquel lugar espantoso. Sin duda me perdí, mientras andaba descuidado por las intrincadas veredas del mando, y mi falta de seso me puso donde tajadas rocas, agrias cuevas, altísimos picos y estrechos pasos eran los únicos guías y compañeros que mostraban la entrada de un abismo hondísimo y triste. Arrastrándome y asiéndome a lo saliente de las piedras, bajé con pena hasta lo más profundo de la sima, y allí al cabo comencé a darme cuenta de mi desgracia.

Pero ¿quién me trajo a esta soledad? ¿Cómo dejé la sociedad de los hombres, amable y regocijada, y dí neciamente en este sitio lóbrego y solitario, en donde levantó su trono el silencio? —decía yo, lleno de congoja y temeroso de la muerte.

— ¿Quién va allá? — oí que decía una voz muy destemplada y catarrosa, que al parecer salía de lo hondo de cierta cueva altísima y ancha, abierta en lo más recio y liso de aquellas rocas, muros formidables del abismo.

Entorné los ojos, porque lo mismo en la previsión que en las miradas siempre fui corto, y vi que quien me preguntaba era un diablo mocho, patizambo y muy sucio, que sentado en el umbral de la puerta de la cueva, tenía cogido el rabo con la diestra, en actitud de sacudirlo contra la legión de moscas que lo acosaban. El miedo de aquella espantable figura me aumentó la cortesía, y haciéndole una gentil reverencia, le contesté, que era un pobre clérigo, extraviado en aquellos desiertos y precipicios, y que le rogaba que me dijera, qué sitio era aquél y si por aquella puerta se podría ir a alguna parte.

— Y ¡cómo si se puede! sino que por aquí ya no viene nadie; porque con ser tan ancha, ha habido que abrir otra puerta al Infierno por encima del techo, y éntrase los condenados por ella como por embudo.

—¡Luego esta es la puerta del Infierno! Pero veo que no puede ser; puesto que encima de ella debía de haber seis versos magníficos de un poeta florentino, y yo no los leo.

—Sí que los hubo, contestó el diablo; pero hace unos años que pasó por aquí una lechigada de poetas, de estos que dicen modernistas, y con grandes burlas los borraron y pintaron otros suyos, que decían que eran mejores; mas como cuantos leían los nuevos se acometieran de tamaña risa, que les duraba el regocijo infinitos siglos, y estos no son lugares de regodeo, yo mismo los borré con almagre.

Mientras esto decía, sacudía el rabo con tal furia contra las moscas, y con tales muestras de enfado, que no pude contener la risa. Enojóse entonces contra mí y se me vino furioso, como toro en dehesa, dando bramidos; y llevado quizás de la costumbre y olvidando que tenía los cuernos al rape, me dió un derrote. Yo que le conocí el intento, descolgándome el manteo y haciendo una suerte que ví hacer cuando muchacho, lo lanceé de capa, y apartándolo de la que-rencia de la puerta, me entré por ella, dejándolo burlado. Allá se quedó maldiciendo y echando pestes de curas y frailes, y jurando que se las tenía que pagar.

Con la carrera que me dí para entrar, no me percaté luego del sitio en que me hallaba, además de que la claridad no era mucha: y discurriendo por dónde tomaría, he aquí que siento una voz temerosa en el techo de la caverna, que decía: —¡Ahí va eso!—Y luego al punto con infernal estruendo comenzaron a caer como llovidas, infinitas almas de periodistas, diputados, poetas, oradores, sufragistas, concejales y sastres. También cayó algún que otro clérigo entreverado, y hasta dos mayordomos de cofradía y tres abogados.

Tuve que hacerme a un lado, huyendo del turbión; repúsime del susto, y mirando a lo alto, ví que el torrente había entrado por una enorme claraboya desde la que unos diablos, con palas y biellos, ayudaban a caer a las almas que iban llegando

Caer los que cayeron y ordenarlos en procesión los ministros que abajo los esperaban, fué cosa de un momento. Con este motivo, apelaron a la inmunidad los diputados, que era lo mismo que apelar a Poncio Pilato, chillaban las sufragistas, lloraban los sastres, y los concejales azuzaban a los periodistas para que protestaran, en cuanto tuvieran tiempo, de aquel atentado contra la libertad individual. Los únicos que callaban eran los poetas, que, como después se vió, iban buscándoles consonantes a Minos, Enco y Rudamanto, para hacerles sonetos y otras maldades; y los oradores, que con el espanto de la

caída, se habían quedado mudos, pero que aún conservaban la mímica en que les sorprendió la muerte: unos con los pulgares en las sisas del chaleco, la cabeza levantada, los labios abocinados y los ojos en blanco; otros empujando el índice de una mano, extendiendo la otra abierta y temblorosa, y vuelto el rostro, como quien rechaza y protesta de alguna maldad; y otros, en fin, en otras actitudes solemnes y magníficas.

Duróles poco el silencio; porque luego al punto que llegaron al tribunal de los tres diablos magistrados, soltóseles la elocuencia, y en un momento quisieron decir, todos a la vez, cuanto habían tenido que callar antes. Y como en el punto mismo apelaban con grandes voces los diputados, las señoras sufragistas pedían, muy descompuestas, que les habían de conceder voto en el Infierno, los poetas tiraban de sus papeles y leían poemas y odas, y los abogados pronunciaban alegatos con muy airadas razones: Minos, harto ya, cansado y loco del ruido y zalagarda, dando una gran puñada sobre la mesa y soltando un taco que estremeció la inmensa caverna, mandó que callaran, pronunciando inmediata sentencia, y mandando a los concejales a la dispensa, para que la administraran; a las sufragistas a la Laguna Estigia, en calidad de ranas; a los letrados a que le buscaran la razón a los poetas, y a éstos a leerle los versos a los sastres. Aguardaban los diputados y oradores su sentencia, y al cabo se les leyó; que fué esta: que a los segundos se les pusieran grifos, y a los primeros se les ataran las manos a las espaldas. Y así, los oradores, con la elocuencia que les nacía de suyo, se iban hinchando, y cuando ya estaba a punto de estallar, como los pitos de goma que compran en feria los muchachos, un diablo les abrió el grifo y dábanse a predicar desatentados, teniéndoles que oír todo el discurso los diputados, que como se hallaban con las manos esposadas, no podían taparse los oídos.

Allí me estaría, aguardando a que sentenciaran a los otros, sino me hubiera hecho correr otra gurullada de almas que acababa de entrar por la claraboya, y que armaban el más temeroso ruido que jamás se oyó. Era gente muerta antes de tiempo, revuelta con médicos, procuradores, comadronas, sablistas, copleteras y bailarinas. Fué cosa de ver cómo los muertos sin razón corrían desatentados, armados de jeringuillas, tras de los médicos, para ponerles inyecciones y además hacerles tragar con embudo, quieras que no, cuanto recetaron a bulto. Yo temí que por ventura me pincharan o me hirieran los del sable, que con un tino singular, adonde apuntaban con la vista, allí corría la sangre de las bolsas, y poniéndome en cobro, me entré por un corredor ancho y profundo, al cabo del cual se parecía un inmenso estanque, en cuyas orillas me detuve.

Estaba el lago lleno de ranas, o a mí me lo parecieron, aunque luego conocí que no eran sino alcahuetas, las cuales con infinito número de damas feministas, copleteras acatarradas y oradoras rojas, aunque en el agua todas eran verdes o negras, cantaban el *Coro de las Ranas* de la comedia de Aristófanes. Por donde vine a pensar, que aquélla debía de ser la Laguna Estigia, aunque el poeta griego no dice que hubiera en ella ranos y sapos, y en esta que yo ví, sí los había en abundancia, y hacían el contrapunto muy bien, cantando romanzas disparatadas, cancioncillas verdaderas, sin literatura ni concierto, y otras mil desvergüenzas y deshonestidades.

Oí el estanque muy mal, porque según me dijo un diablo que cuidaba de que no se escapara ningún animalejo de aquéllos, allí se echaban todas las suciedades que en el mundo se escribían en libros y revistas; y aunque por esto había pensado Radamanto en traer a aquel sitio a sus autores y sacar de él la patulea de las ranas, como en el Infierno no había otro charco en que acomodarlas y además los escritores deshonestos, aunque apretadillos, se iban colocando en la pocilga, quedóse todo como de antiguo se venía haciendo en la casa.

Me aparté de la asquerosa orilla, cuando más entusiasmado sonaba el concierto de los feos bichos que la poblaban, y encaminé los pasos adonde se oía el sordo y acompasado son de unos que parecían mozos de batán, acompañados de agudos gritos, como de mujercillas menesterosas. Todavía ví, montada en una piedra que salía de las negras aguas, a una de las beatas de Iconio que apedrearon a S. Pablo, atada de una zanca y con mordaza, de miedo de que revolviere el infierno y no se pudiera vivir en él.

El lugar adonde llegué era a modo de valle, rodeado de montes altísimos. Como un ciento de holgazanes, de esos que por el mundo llaman organizadores de huelgas, a las órdenes de cuatro diablos muy feos, vestidos de malla de finísimo acero y provisto de rodela y espadas muy largas, cavaban unos pozos estrechos y hondos; y cuando acababan, con tenazas de cinco varas, a lo que me parecieron, iban cogiendo de un montón, haces de almas, de unos como hombres, y las echaban en los pozos. Chillaban como ratas en cepo los infelices, y más cuando llenos los pozos, acercaban los ministros mazos de martinete y los apisonaban con grandísima algazara y bromas. Pregunté, conmovido por lo espantoso del tormento, a uno de los diablos, que qué gente era aquella; y el diablo, entonces, haciendo cierto meneo con las caderas, pegando los codos a los hijares y llevándose el índice de la mano derecha a la comisura de los labios, dijo, con tono machihembrado y guiñando un ojo:—¡Siracusa!

Recogí el manteo como pude, me apreté el sombrero y dí a correr a campo traviesa, hasta que, ya sin alientos y cansado, gané la cumbre de uno de los montes, desde donde se dominaba el abatanamiento. Más tranquilo ya, volviendo la cara, ví que el suplicio a que condenaban a aquellos desdichados, no acababa con el pisón; sino que cuando los pozos estaban casi llenos, los estivaban con inmundicias, les echaban encima una carga de piedras, y con dos o tres mazazos del martinete, quedaba la obra terminada por los siglos de los siglos.

Así que descansé un poco, porque no es aquel lugar para descanso ni regalo, bajé la vertiente opuesta a la cañada de los pozos, solicitado de un espectáculo que no esperaba contemplar en el Infierno. Porque ¿quién podría imaginarse allí una procesión devotísima de penitencia, con música de piporros y unos a manera de rezos, disciplinas y letanías? Me acerqué a los penitentes, y noté que todos lo habían sido mientras vivieron; porque unos se habían casado o amancebado con viejas para heredarlas; otros, por mangoñar en cofradías y pías fundaciones, chupándoles el jugo, no dejaron función de Iglesia a que no asistieron, aunque de mala gana, ni perdieron sermón; otros vivieron siempre sobresaltados, de miedo de que les descubrieran las mancebas que su tentaban, con lo que garbeaban de los cepillos de ánimas, demandas y entierros; otros se habían pasado años, los muy cuitados, tapando bocas indiscretas, enriqueciendo tahures, vistiendo y enjorando mujercillas y costeando vicios con los bienes de propios y capellanías.

No olvidaré nunca cómo llevaban los ministros en la procesión a un sujeto que conocí en vida. Lo habían puesto en andas, coronado de ortigas y atado a un palo; llevaba delante a cuatro diablos tocando gaitas y fagotes, y al lado otros cuatro, que sucesivamente le arrimaban una bolsa, una botella de vino, una vara de alcalde y una vieja, que fué su mujer y a la que quiso heredar, pero que no pudo. Cuando le daban la bolsa, que ya la tocaba, le herían con la vara en los nudillos, y cuando le acercaban la botella a los labios, le amargaban el gusto poniéndole delante a la vieja. Gritaba como condenado que era, y los cofrades entonces le decían: — Vaya el hermano con más devoción, y disimule como lo hizo en vida. Sonaron luego las gaitas y piporros, y deseguida comenzaron los ministros a descargar tales y tantos azotes sobre las nalgas de los penitentes, que del polvo que levantaron, se nubló la escasa luz que había, haciendo más horribles y espantosos los tormentos con las tinieblas.

Aún sonaban la devota orquesta y la azotaina, cuando a todo

correr, desatentados, pasaron junto a mí unos infelices, montados en altísimos zancos, perseguidos de inmensa multitud. — ¡A esos! ¡Al Verbo de la Democracia!— ¡Al Verbo de las libertades públicas!— ¡Tírale! ¡Abajo!—decían.

¡Dios! ¡Qué carrera tan desenfundada, y qué vocerío y alboroto! Noté que los zancos en que montaban los perseguidos estaban hechos de periódicos, y que los perseguidores eran todos periodistas, que en vida echaron los hígados por los puntos de la pluma para poner en las nubes, a fuerza de bombos a aquellos galopines, y ahora querían vengarse de ellos, porque ni pagaron la buena obra ni la agradecieron. ¡Cosa tan humana!

Puesto que no podían alcanzarlos, les tiraban piedras y pelotas de papel de cuartillas de información, y si por fortuna acertaban en los zancos de algunos, después de darles una razonable tollina, les encajaban unas orejas de burro y los enderezaban, para que de este arte siguieran su desenfundado galope.

¡Qué falta les haría a algunos que yo conozco ver esto! díjeme luego; y ¡qué provechosa lección podrían aprender! Aunque si bien lo pienso, no escarmentarían con ninguna; porque allá por el mundo acontece lo mismo, y por mi alma, que nadie se enmienda; puesto que los que se encaraman en zancos, se imaginan que les nacieron en el vientre de su madre, y los que se los hacen, luego al punto que no sacan el gaje, se dan a todos los diablos, por el mal que dicen que hicieron.

Discurriendo así, llegué a un sitio en que sudando como azacanes, armados de picos o palas, cavaban afanadísimos sinnúmero de precitos.—¿Qué buscan éstos?—pregunté a un demonio vigilante que allí había.—Estos fueron, me contestó, sabios allá en el mundo, que hicieron magníficos descubrimientos, y acá siguen entretenidos en lo mismo. Aquel que allí ves, que tiene una enorme peladilla de arroyo, que acaba de sacar, dice que es un recado que han enviado los habitantes de Marte; este otro que da vueltas a una quijada de asno campañés, asegura que perteneció al caballo Pegaso; el que con grandes extremos ahora se cala las gafas, para asegurarse más en lo que cree, jura y perjura que aquello que tiene delante es un hiparion, cuando no es sino la osamenta de un mal jaco. Y notarás, que cada uno de los que aquí ves, reciben la pena con lo mismo que pecaron; porque cada cual vé claramente el error de los demás, pero no el suyo; y así todos se burlan de él y él de los otros, y les entra tal rabia y enojo a todos, que de vez en vez vienen a las manos y se aporrean despiadadamente y hasta se muerden, y hacen añicos lo

que los demás hallan, con grande algazara y fiesta de los diablos, que los azuzamos para que se muelan y acocean.

Mientras el diablo vigilante me contaba esto, uno de los condenados, con una enorme calabaza roteña en las manos, llamaba a todos, dando desaforadas voces que decían:—¡Ya lo encontré; este es: mírento!—¿Pues qué hemos de mirar, imbécil?—le dijo un condenado, que hacía cálculos para averiguar el número de sandeces que había dicho en discursos, declaraciones y conferencias, cierto político cursi.—¿Qué hemos de mirar?—Pues este cráneo de sabio, fósil, que acabo de hallar y cuyo descubrimiento me ha costado la vida.—Pero ¿no ves, díjole el matemático, que no es sabio sino calabaza?—En poco te ahogas, contestó el inventor: ¡creerás, por ventura, que hay mucho trecho de un hombre a una calabaza!

Yo no sé en qué pararía el pleito; porque temiendo que se zurran los dos sabios y que me tocaran algunas salpicaduras, seguí a la ventura mi camino, hasta que di con un inmenso edificio sobre cuya puerta se leía:

CLÍNICA DE URGENCIA

—¿Será posible que en el Infierno haya médicos dedicados a estos menesteres?, díjeme admirado. ¿Qué falta hace en esta casa del dolor y del eterno suplicio, que curen a nadie ni le compongan lo roto, cuando aquí lo que estuvo sano se pudre y lo que vino entero se procura que se rompa por donde no pueda componerse?

Llevado de la curiosidad, entré detrás de unos diablos camilleros, que conducían hasta cosa de cuatro docenas de estropeados. Con grande diligencia los fueron poniendo en sendas mesas de operaciones, y en el mismo momento, otros diablos cirujanos comenzaron a curarlos. A uno que en vida todo se lo hechó a las espaldas, y que en ella llevaba la vergüenza, la honra, el pudor y la estimación, en menos que se dice, le cortaron la cabeza y se la volvieron a pegar, poniéndole el colodrillo en donde antes tuvo la barba, con lo que el infeliz, cuando vió lo que nunca quiso, echó a correr, huyendo de sí mismo; a otro, hombre de muy malas tripas, lo abrieron en canal, les sacaron las que tenía y le metieron las de un enemigo suyo; había un desdichado que se ahogaba de asma, y a este le sacaron el corazón, que resultó hecho de billetes de banco, y le pusieron en su lugar una pelota de papeletas de empeño, vencidas; a diez o doce mercaderes de géneros deshonestos, le arrancaron los labios,

y con gran primor les ingertaron sendas gotas de marrano; y luego en el sitio correspondiente, les añadieron unos hopos retorcidos, con tal arte, que parecía que nacieron con ellos; y en suma que en menos que se dice, dejaron a todos aquellos malditos, como nuevos.

A la derecha e izquierda de aquella sala de operaciones, había otras dos muy espaciosas. Salían de una de ellas espantosos gemidos, acompañados de tales maldiciones, que todo el Infierno se estremecía. Los daban millares de condenados, atados a argollas por el pescuezo, y a los que los diablos, con unos tornos, les iban tirando la lengua hasta dejarla de tres a cuatro varas, según daban de sí las blasfemias y atrocidades que dijeron en vida; liábanle después a cada uno la suya a manera de bufanda, poniéndoles para mayor seguridad jáquimas y bozales, los llevaban por último al departamento de los mudos. Eran los únicos condenados a quien se les prohibía blasfemar y maldecir.

La otra sala era cosa que ponía admiración. En unos estantes y por orden riguroso de envases, se veían infinitos botes y tarros, como de sanguijuelas; pero que eran mayores; y en cada uno había hasta cuatro o seis alimañas de la misma especie: en unos, usureros; en otros, diputados de pan comer, en éstos, judíos, en aquéllos, monterillas, y así por el estilo. Cada bote tenía un letrero que indicaba los años de abstinencia que llevaban los animalejos; que era así como señalar la cosecha y la vejez de la solera. Contemplaba yo aquel peligroso museo con miedo, y pregunté a un diablo boticario, que sacudía el polvo y cuidaba del orden, que para qué servían tales alimañas; porque no se podía pensar sino que allí estaban para algo. —Y ¡cómo si sirven!—dijo; ahora verás.

En aquel punto entraron en la sala, llorando amargamente, porque no habían tenido tiempo para esconder la cosecha de aquel año, o porque se murieron sin acabar de cobrar los réditos de sus préstamos usurarios, o porque bajaban los precios del pan y del aceite cuando ellos tenían los trojes y la bodega en bote, algunos cientos de condenados muy gordos, soplando, por la prisa con que los traían. Daban voces algunos, lamentando su mala fortuna, y pedían a los diablos que los volvieran a la vida, en donde lo pasaban tan guapamente.—¡Para divertirnos estamos!—decían los demonios, con grandes risas:—Ahora veréis, que por aquí también se pasa el tiempo muy entretenido.—Y cogiéndolos uno a uno, los ponían en el suelo, boca arriba, y luego, destapando un bote, aplicaban a cada cual, conforme a lo lleno y orondo que parecía, una sanguijuela de aquéllas. Pegábanse las alimañas con tal codicia a los atormentados, que

(Continuará)